



CAPÍTULO 2

ENTRELAZANDO VOCES PARA LA PAZ. EL HOMICIDIO EN TIBACUY

La más básica de todas las necesidades humanas es
entender y ser entendido. La mejor manera de entender a
las personas es escucharlas».

Ralph Nichols

Bajo este título, que corresponde a uno de los programas radiales de Contando hasta 10, se abre espacio a través de la radio universitaria, Radio UNAD virtual, a un escenario de diálogo con las víctimas del conflicto en el Municipio de Tibacuy entre el periodo de 1998 y 2003; hechos victimizantes como el homicidio, el desplazamiento, la desaparición forzosa fueron los que marcaron la pauta para abrir espacio hacia la reflexión entre la audiencia, conformada por los oyentes en línea de la emisora institucional de la Universidad Nacional Abierta y a Distancia - UNAD, entre los que se encuentran la comunidad académica: estudiantes y docentes de la universidad, así como de instituciones externas de los municipios de Fusagasugá y Pasca.

El ejercicio reunió diez testimonios de mujeres y hombres, pobladores de diversas veredas del municipio de Tibacuy quienes de forma voluntaria dialogaron en un lapso aproximado de una a dos horas sobre su experiencia frente al conflicto a pesar de lo que ese ejercicio implicaba, al traer y activar en la memoria hechos históricos que, sin lugar a duda, marcaron sus vidas, las de sus familias, y que en un momento determinado habían considerado dejar en el olvido. Eventos dolorosos que durante la narración afloraban una serie de sentimientos encontrados entre el dolor, la ira y el deseo de justicia; expresiones verbales que desde la voz emitían angustia, temor, desconfianza, miedo y la mayoría de las veces la presencia de un pasado en ese momento presente que incitaba al llanto.

Se narra a través de la radio para un reconocimiento inicial del conflicto desde la mirada local, desde sus protagonistas; se abre la posibilidad al diálogo, al acercamiento que invita a la ruptura de la indiferencia y por qué no, del silencio; a comprender al otro que se trazó sin pensarlo, después del conflicto una ruta indecisa, pero a la vez confiada para seguir adelante y continuar su vida. Es la ruptura del silencio que desde cada versión narrada trae consigo el despertar de nuevos sentidos y en efecto las comprensiones de lo vivido; en esa dirección se busca abrir paso a nuevos entendimientos como lo manifestaba una de las líderes víctimas, de quien no mencionaremos su nombre:

“...parte fundamental de la construcción de esta historia son los campesinos desde sus diferentes veredas, organizaciones y puntos de vista; deben ser escuchados y tenidos en cuenta. Es importante que ellos tengan la posibilidad de contar su historia, además de reivindicar ese dolor y esas condiciones difíciles que marcaron sus vidas, esas situaciones que ellos no han tenido la oportunidad de expresar seguramente por temor o porque precisamente no existen los espacios en los cuales se los tenga en cuenta; entonces es importante buscar todas esas miradas, todas esas visiones, todo aquello que no ha sido contado, que también se tenga en

cuenta y pues se le permita mostrar lo que realmente hay en su corazón y lo que realmente quieren aportar, porque es muy importante lo que la gente tiene para aportar, y sería una construcción de un país más plural, de una manera más incluyente y más amplia de ver las cosas desde la misma región, y no desde lo que se ha venido recogiendo generalizado. Hay voces que no han sido escuchadas y esas voces también son importantes en este momento de la historia...”

La clave está en escuchar otras voces, esas voces que entrelazan el mismo deseo de paz, de reconciliación; de un futuro determinado por la justicia, por el sueño de borrar un pasado que dejó en el camino huellas impregnadas de dolor, temor y desconfianza, y que hoy hace evidente la existencia de una comunidad fracturada; es el deseo de lograr una Colombia mejor, más humana y sensible, y con ese sentido, como un puente, la comunicación mediada por la radio cumple una función social significativa, la de activar la memoria, despertar la conciencia y generar nuevos significados, esos que en cierto momento han sido opacados por una historia oficial que privilegia miradas globales del conflicto. Según el informe *BASTA YA*, (Capítulo 5) “Las memorias (...) sus énfasis narrativos e interpretativos, y del significado que tienen para quienes cuentan sus experiencias, constituye el método mediante el cual nos acercamos a comprender quiénes son las víctimas del conflicto armado en Colombia. Narrar las vivencias desde lo local, desde las voces de quienes vivieron por años el conflicto, le da a ese sujeto histórico la posibilidad de historizar sus experiencias para repensar el presente y hacer un futuro más prometedor. Narrar es necesario para sentirse parte de un escenario y protagonizar tanto la propia vida como la vida social.

El trabajo de campo en el marco de la investigación se enfocó desde sus objetivos en la recuperación de la memoria histórica a partir de los relatos de vida, técnica cualitativa que, desde lo individual es un referente para la recuperación de la valoración del conflicto desde el punto de vista de cada una de las víctimas, a partir de su percepción sobre eventos de violencia, que han marcado una significativa incidencia en la dinámica social, política, cultural y económica de los habitantes del municipio de Tibacuy.

La radio y en particular la universitaria, a través del programa *Contando hasta 10* se abre como un espacio académico que convoca a la comunidad (audiencia) a un diálogo para el reconocimiento, para la reconstrucción de un sentido de convivencia desde una mirada más local, que ubica al oyente en el lugar del otro, en el contexto de los acontecimientos; como punto de encuentro media para develar esa parte del conflicto a través de las voces como vehículos que establecen una relación de cercanía entre el sujeto víctima y el otro -audiencia; relatos que actúan como un recurso de mediación pedagógica que activan la interlocución y el intercambio, siendo la mediación en pa-

labras de Prieto y Rosario (1993) el acto de “Mediar entre áreas del conocimiento y de la práctica humana y quienes están en situación de aprender algo de ellas” se trata de conocer la historia, de analizar e interpretarla, de contextualizarla y aprender algo de ella: se aprende a reconocer las subjetividades del sentir de quien narra, de la forma como reconstruye los hechos; se aprende a compartir la construcción de los sentidos, desde otras miradas que sensibilizan, aproximan y vinculan al otro.

En ese sentido se trabajó con 10 testimonios de hechos victimizantes, un ejercicio que implicó el acercamiento cuidadoso y el establecimiento de un ambiente de confianza, porque no es fácil abordar a una comunidad que ahora desconfía del otro y que prefiere muchas veces callar; aquí jugó un papel significativo la presencia de Lida Delgado (q.e.p.d) una mujer líder quien también fuera víctima del conflicto en su propia tierra y quien llega por desplazamiento a Tibacuy; fue su acercamiento con la mesa de víctimas lo que hizo factible este ejercicio de diálogo; quiero a través de este escrito agradecerle por haber formado parte de este trabajo investigativo, por habernos extendido la mano y habernos acompañado por más de un año y medio en lo que fue una tarea que implicó desplazamientos por horas a pie, ya que muchas veces no alcanzábamos a tomar el transporte que subía muy puntual a las 6 a. m.; un largo recorrido que por momentos se hacía corto en la medida en que ella nos iba narrando hechos y describiendo lugares testigos de los hechos victimizantes; narraba parte de la historia, desde su acercamiento, desde lo que escuchaba y desde su propia vivencia; ello hacía posible que antes de llegar al encuentro con aquella persona a la que ansiosamente queríamos conocer y escuchar; ya tuviéramos una aproximación a los eventos que hacían posible elaborar mentalmente preguntas pertinentes y más sensibles, lo que hacía del diálogo un ejercicio enriquecedor frente al logro de los objetivos que se perseguían.

Comienza entonces el trabajo de construcción de las historias, en este apartado iniciaré narrando los hechos alrededor de tres casos de homicidio, de mujeres y hombres algunos mayores de edad, otros jóvenes, que eran habitantes del común, por así llamarlo; que no le debían nada a nadie, que vivían de la siembra de sus tierras, de lo que comercializaban; otros de la política, de su rol de liderazgo; del trabajo para y por la comunidad. Posterior a esta labor, ahondaré particularmente en el papel que ha desempeñado la radio universitaria como mediadora para el reconocimiento del otro, de su dignidad, de su lucha; de un sujeto que a pesar de haber tenido que enfrentar el dolor de la muerte, sigue allí, en su tierra, con la esperanza de que algún día se haga justicia y salga a la luz la verdad.

UN RIESGO DIGNO DE ASUMIR

Y llegó la hora del encuentro... ese encuentro con las víctimas que en ocasiones, la mayoría, nos dejaba un sinsabor; escuchar vivencias en boca de sus protagonistas, mujeres e hijos que fueron testigos de la muerte de sus seres queridos y que aún se preguntan el porqué; expresiones que durante la narración evocan con el mismo dolor, el nombre de los que ya no están y que desempeñaron un papel relevante en la comunidad, “...se acabó don Alfonso, ya no hay más Alfonso...” con la voz entrecortada, pronunciaba doña Ana, con un tono cargado casi de llanto y una expresión en el rostro aún de tristeza y de cierto rencor, han pasado aproximadamente 18 años y es evidente que en la memoria quedó grabado ese momento como si estuviera sucediendo en ese mismo instante.

Se narra desde este primer testimonio la historia de una víctima por homicidio, un personaje reconocido por todos en el pueblo por su capacidad de liderazgo, por su entrega y dedicación y por su incondicional apoyo, comenta doña Ana: “lo venían a buscar incluso para solucionar problemas entre las parejas, cuando se peleaban...y él siempre estaba allí dispuesto a buscarle solución a todo para resolver los conflictos...” y entonces una sonrisa vino a su rostro y un momento de silencio dejaba ver cómo su imaginario se instalaba en ese tiempo y recordaba episodios como cuando se reunían en la casa, y con melancolía y algo de orgullo manifestaba: “...todos se ubicaban aquí en el patio, incluso muchas veces no cabían, yo lo acompañaba y me encargaba de atenderlos, se hablaba de las tierras, de los problemas de las veredas; él era el vocero de todos ellos...” describe doña Ana, “y es que él era un buen líder político y social de izquierda, profesional en ciencias políticas... y muchas veces pienso que por eso fue que lo mataron...” la reiterada expresión: “se acabó don Alfonso” condicionó en el imaginario de los colectivos no solo del municipio de Tibacuy, sino de manera generalizada, la idea errada de que políticamente el comunismo estaba estrechamente ligado a la guerrilla, confusión que para algunas personas resultó siempre peligrosa, la capacidad entonces de liderazgo, afectó y condicionó la idea de tener iniciativa, de defender los derechos y luchar por el bienestar de las comunidades. Entonces toda pretensión de asociación o liderazgo no era apoyada por temor; pues en el común de la sociedad colombiana hay un sesgo entre lo humano y lo ideológico que desestima el valor de preocuparnos por el otro.

Los relatos permiten entender que en un ámbito de guerra la muerte era una constante, era una gran probabilidad, más cuando poco a poco los rumores llegaban a oídos de quienes ya estaban “sentenciados” porque “Alfonso ya sabía que lo iban a matar,

algunas personas le advirtieron que debía salir huyendo porque lo estaban buscando para matarlo... esa mañana se fue a cobrar un dinero al pueblo producto de la venta de unos fríjoles, no sabíamos si se lo habían pagado todo, porque solo encontramos 500 pesos en su bolsillo; (...)

La confianza había retornado después de estar 20 días alerta, esperando a dos hombres quienes de forma misteriosa rondaron la finca de don Alfonso; todos habían estado haciendo guardia, sabían que en cualquier momento lo vendrían a buscar; sin embargo, don Alfonso a pesar de que había permanecido encerrado decidió salir, no era hombre que se dejara intimidar, de hecho muchas veces retó a su destino, como lo sigue contando doña Ana “...teníamos un cultivo de papa, estaba muy bonito y ya después de tantos días de encierro dijo Alfonso ya no más, me aburrí de estar aquí encerrado, si me matan pues que me maten, tome el arma y sea mi guardiana mientras riego el cultivo... agarré el arma, muy asustada, y me mantuve detrás de él, tan solo rezando, Dios mío que se haga su voluntad, yo decía”. Don Alfonso, un hombre decidido, de temple, le gustaba compartir con sus amigos y extraños algunos tragos, especialmente los días de mercado en Cumaca; muchas veces se excedía, pero no le afanaba.

Era un hombre de campo, convencido del valor de luchar en defensa de los derechos; porque a don Alfonso se le debieron muchas acciones como por ejemplo la parcelación de tierras, la apertura de varias vías, también era representante del gremio de cafeteros, ya que formaba parte de la Federación Nacional, concejal por el Partido Comunista Colombiano, integrante del comité del INCORA, entre muchos otros roles destacados que dejaron huella. Cómo olvidar a don Alfonso presente en la historia de los Tibacuyenses, aquellos que se ubican en la inspección de Cumaca y quienes recuerdan sus obras; memoria que se conserva en el último libro que fuera escrito en su honor por su hijo, Fernando López, titulado *Me van a matar*, frase que muchas víctimas en Colombia repetían una y otra vez, y aún lo hacen, ante diversas instancias en busca de protección, para salvar su vida perseguida por las constantes amenazas que llegan tan solo por atreverse a decir la verdad, por defender los derechos de los demás, por recuperar la dignidad o reclamar justicia.

¿Pero por qué no abandonar pronto su vereda y proteger su vida como cualquiera lo hubiera hecho? ¿Por qué don Alfonso decide de forma radical quedarse allí, en pocas palabras tomar la determinación voluntaria de morir? Quizá por una sencilla razón, que para muchos no tendría lógica: era un hombre de principios que amaba su tierra; y mantenía con dignidad su cabeza en alto, y es que según relata doña Ana, cada vez que le insistían en salir, su respuesta era muy enfática pues “él no le debía nada a nadie y por lo tanto, no tenía por qué esconderse o huir de su tierra”, *era un hombre honesto, cualquiera podía certificar que era bueno, que todo lo hacía sin ningún compromiso*”.

Huir para don Alfonso, un hombre para muchos, sinónimo de fortaleza, un cacique que nunca dejaría a su gente expuesta ni vulnerada; abandonar lo que había construido, su familia, su liderazgo; era romper la confianza que muchos habían depositado en él. Y fue entonces su identidad, su arraigo y sentido de pertenencia lo que le permitió vencer el miedo y seguir su vida en aparente normalidad, esperando lo inesperado, lo anunciado; el miedo no formaba parte de una figura que siempre estuvo allí para todos, incluso para sus asesinos.

Esa noche como era el *modus operandi*, llegó lo tan esperado por don Alfonso, pero no por su familia; un momento que guardó en silencio, porque era el único en su casa que conocía su destino; uno se pregunta qué estaría pensando. ¿Acaso el miedo en algún momento no lo acobardó? ¿Sentiría ganas de huir? ¿Le pesaría quizás no haber tomado la decisión de salir de su pueblo? Lo que sí es cierto es que murió con dignidad, defendiendo sus intereses y sus ideales; murió en su propia tierra y muy cerca a su casa, porque tuvo el “privilegio” por así decirlo, de decidir el lugar donde quería morir.

Esa mañana narra doña Ana “ladraron los perros...” sonido espeluznante que anunciaba la muerte, lo decía doña Ana: “escuchamos los perros y enseguida todos nos asustamos, de un momento a otro unos hombres irrumpieron de forma agresiva, todos nos levantamos aterrados, estábamos con mis 2 hijos, ya mayores; golpearon con sus armas la puerta, casi hasta tumbarla y romper el marco...” “patrona abra la puerta”, “abra la puerta” nos gritaban, los nervios no me dejaban... salimos todos, era la 1 de la mañana del 19 de septiembre del 2003; nos miramos angustiados, pensábamos si nos iban a matar, pues cogieron la guadaña y mi hijo el mayor, se preguntaba si sería que nos iban a quitar el tronco, porque como eso era lo que hacían.

Lo sacaron a él, yo pregunté si podía acompañarlo, dijo no, ya lo traemos nosotros no venimos a matar a ninguno; (...) y lo sentaron en una butaca afuera en el patio, él les manoteaba y les manoteaba, lo alcanzábamos a ver desde el marco roto, porque nosotros no podíamos salir, nos dijeron quédense allí hasta nueva orden. No escuchábamos nada de lo que decían porque nos encerraron, solo oíamos como pateaban; luego levantaron a mi marido y lo bajaron para abajo, tal vez él tenía el sitio donde lo mataran”.

Escuchar al detalle los hechos, estar allí sentados, en frente de doña Ana, observando cómo su rostro con cada palabra se transformaba, cómo su mirada por momentos dispersa, nostálgica y triste, se perdía en el recuerdo de aquel instante; nos hacía estremecer y pensar en lo angustioso que para cada uno pudo ser el hecho de ver allí a su padre y su esposo, intimidado por las armas pero aún dispuesto quizás a luchar hasta el fin por su vida y defenderse con lo único que tenía, su palabra; y es que era un

hombre que no le tenía miedo a decir lo que pensaba ni a enfrentar la muerte pues por eso estaba allí, “manoteando” mientras su familia cargada de miedo, se sentía vulnerada, sin saber qué hacer, pues todos los hechos hablaban por sí solos, ya que la forma como se invadió el espacio, recurso utilizado con mucha frecuencia por los grupos ilegales, los hizo sumergir en un escenario de horror, predecir lo inevitable.

El hecho de violentar la intimidad era fundamental pues se esgrimía el control de quien llegaba frente a quien estaba; recurso psicológico fuerte, pues violentar la intimidad es violentarnos a nosotros mismos. Se construye entonces un sentido a partir de los hechos, sentido que a través de la violencia pone en evidencia ese acercamiento a la muerte, algo que va a suceder allí, a pesar de que decían que no iban a matar a nadie, pero otra cosa era lo que estaba en el corazón de toda la familia aquella madrugada.

Él tenía el sitio donde lo mataran porque días antes le habían dicho: “don Alfonso es mejor que se vaya porque lo van a matar”, y él decía que no, si me van a matar que lo mataran en su casa, porque quedaba su familia y su gente en poder de ellos. Habían desordenado todo, y en esas *oímos los tiros, dijo. Vladimir bajo su cabecita* y expresó: ahí quedo nuestro papá... bueno a él lo bajaron abajo y dijo aquí me matan (...) Donde oyó mi mama los tiros, preguntaron los hijos, ellos salieron como loquitos, ya no había nadie, con una linterna salieron y fueron a buscarlo, yo me asome iba en el naranjo e iba caminando cuando ellos subieron cogiditos de la mano y dijeron nos mataron a mi papá... tanto servir en esta vida y nadie lo ayudó, repetía doña Ana con la voz entrecortada y a la vez como haciendo un reclamo, pues solo por su afán de servir lo habían asesinado.

El canto constante del gallo, las fotografías de don Alfonso exhibidas sobre las paredes de adobe de la casa, el cuarto en el que dormía y del que lo sacaron abruptamente aquella madrugada; el patio donde lo ubicaron y el sitio donde lo asesinaron, nos permitieron dibujar con precisión aquel instante lúgubre, narrado por doña Ana, siempre con la convicción de que don Alfonso era un hombre que nunca se rendía, pero alguien que, como muchos, no merecía ese final. Fue su dignidad la que condujo a don Alfonso a permanecer allí, la dignificación una puesta en firme de lo que se cree, se siente y por lo que se trabaja: por su tierra, por su comunidad; los hechos sociales por los que fue reconocido le dieron la fortaleza para permanecer allí, en un sitio en el que había que comprender que en un ámbito de guerra como el que estaba inmerso el municipio de Tibacuy, la muerte era una constante.

La postura de dignidad significa el no reconocimiento al miedo, porque no era fácil dejar el lugar de donde, se había crecido, el hogar en el que muchas veces como afirmaba doña Ana, Alfonso preparaba el tinto; el lugar donde muchas veces vio a sus hijos partir

rumbo a la escuela, es el lugar donde sus afectos crecieron, donde en varias ocasiones se sintió con la libertad de tomar decisiones, de ayudar a su pueblo, de pelear por los demás y defender los derechos; el miedo no existía porque había sido capaz de vencer la muerte, así como don Alfonso se enfrentó a ella y tuvo la capacidad de decidir dónde morir. *Se acabó don Alfonso, se acabó don Alfonso*. Tratando aún de aceptar que ya no estaba allí. Sin entender el por qué *se acabaron, se acabaron*, suspirando repetía doña Ana recordando a otros líderes asesinados; con voz nostálgica y el dolor impregnado en su corazón. *Eso es triste la vida, estos hijos quedaron con la sola mamita*. Hubo un momento de silencio, la voz de doña Ana se opacaba, el llanto tomó fuerza, “*lo mataron, lo mataron*” de un momento a otro escuchamos como su respiración se agitaba y el aire le faltaba, en cuestión de segundos nos mirábamos sin saber qué hacer, sentíamos que algo le iba a pasar, de un momento otro de la nada una pregunta surge que hace que doña Aña deje de lado aquel instante y regrese con nosotros.

¿Qué significó el asesinato de don Alfonso? La pérdida de toda posibilidad de mantener la dignidad y el respeto por los intereses de un pueblo; pierde toda una comunidad que alguna vez se sintió respaldada y que vio la esperanza de seguir creciendo socialmente en un ambiente justo y equitativo. Surge la incertidumbre, la desconfianza y el miedo y queda una sociedad fracturada, llena de temor, en la que el silencio toma fuerza, porque muchas voces permanecen temerosas y se ven obligadas a callar; la lucha por lo humano, por el interés hacia el otro pierde sentido pues de forma errada se leen en muchas ocasiones las acciones de orden social como un escenario subversivo, contrario a la ideología de turno.

Es la pérdida de un liderazgo que surge desde lo cotidiano, desde la tierra, desde la labor de un campesino que construyó tejido a partir del contacto con el territorio, a partir de la afectividad por su región, por su gente. Nada de eso queda, porque todo lo que alguna vez fue una lucha por lo humano se sesga por lo ideológico; entonces, la necesidad del otro se desliga del interés del común.

COMO UNA BOLA DE NIEVE

La historia que ahora se narra es la de un joven entre los 17 a 18 años, hijo de la Vereda de San Francisco, de familia igualmente campesina conformada por dos hermanos y una hermana. Él vivía con sus padres, un campesino humilde al que una vez el dolor derrumbó. Este testimonio es el de Cecilia hermana de John, hermano menor, a quien sin ninguna explicación asesinaron. “Un día como es habitual John descansaba en su

pieza cuando de pronto tres hombres llegan a buscarlo, mi padre inocente les dijo que estaba en el cuarto durmiendo, sin pensarlo entraron y lo sacaron de allí, afirmando que ya regresaban. Como es habitual la promesa de un regreso que nunca se cumplió. De un momento a otro unos tiros a lo lejos se escucharon, John había sido asesinado. Nosotros no sabíamos, de pronto llega la noticia a oídos de mi padre”. Ese día marcó para la familia el comienzo de una serie de hechos que desencadenaron más dolor, y a pesar de que Cecilia poco a poco lo ha superado, no ha sido fácil, pues en su mente y corazón pesa una historia que acabó toda posibilidad de narrar por boca de sus abuelos, lo que todo nieto espera escuchar.

“Primero fue mi papá, continúa Cecilia, quien siempre daba vueltas montado en su caballo por la finca, comúnmente en las noches cuando llegaba de tomar, repetía a gritos el nombre de mi hermano llorando; pienso que se sentía culpable por haber permitido que se lo llevaran; así duró por muchos años, deprimido y triste, ya él no volvió a ser el mismo de antes. Después de que fallece, por un accidente, la que sigue es mi madre, quien se dejó llevar por una mezcla entre rabia y dolor, lo que la motivó a retar sin pensarlo al destino. Para ese entonces un grupo de soldados del ejército se ubicaron cerca a la casa; mi madre los atendió, les brindó alimento, bebida, les abrió las puertas de la casa, no valió insistirle que no lo hiciera, estaba decidida a enfrentar lo que fuera. Muchas veces se lo advertimos, sabíamos que la podían matar. A ella no le importó, estaba molesta y la verdad algo confiada porque ellos permanecían allí. Se sintió de pronto segura. A pocos días ellos se levantaron y se fueron y de pronto llegó lo que esperábamos, la amenaza.

Fueron épocas en que la comunidad se sintió abandonada. No se podía ni siquiera dialogar con nadie, todos se sentían vigilados; la presencia de grupos tanto legales como ilegales dejó a todo un pueblo en el medio. La historia del conflicto en Colombia no es más que la historia de pueblos que han quedado a merced de pocos, a la voluntad de personas que abusan por el poder de las armas; intimidar, violentar viviendas; apoderarse de tierras, despojar a la gente de sus pertenencias, asesinarlas, desaparecerlas, han sido actos que a la fecha han quedado y siguen en la impunidad.

Mi mamá enseguida salió de su finca, porque uno de mis hermanos la obligó a salir. A ella no le gustaba ir a Bogotá, sin embargo, fue tanta la insistencia, que se fue. Duró allí un buen tiempo, pero ya estaba aburrida; no se sentía bien, extrañaba su tierra; así fue que mi otro hermano la convenció de regresar, “usted debe estar aquí, porque pertenece a estas tierras” y sin insistirle mucho, ella pensando que todo había pasado, regresó. Pero bastó con que llegará para que una tarde ellos irrumpieran en la casa y sin pensarlo la asesinaran. Allí quedó, en su finca, tirada en el suelo.

La valentía hecha mujer, supera todo miedo, inocente o no, deseaba solo estar en casa, al lado de sus hijos, de su tierra; el desplazamiento no podía ser la mejor opción, la rutina de una mujer campesina que se trasladaba a una ciudad, no se concebía en una mujer que siempre defendió su identidad, que siempre quiso permanecer arraigada a sus costumbres, a su gente, a su familia, a su estilo de vida; en Bogotá se sentía como en tierra ajena, limitada en posibilidades y con pocas oportunidades de formar parte de su cotidianidad.”

Allí quedó mi mamá; de nuevo estábamos tristes, desde ese momento en mi hermano comenzó a construirse un sentimiento de culpa, la historia de mi papá se repetía, pero ahora en él; nunca se perdonó el hecho de haber convencido a mi mamá de que se regresara. Lloró en silencio por muchos años hasta que un cáncer se lo llevó. Recuerdo ese día, agonizaba, estábamos en Bogotá; me acerqué a su cama y me confundió con mi mamá, lo tomé de la mano y de un momento a otro me miró a los ojos y me preguntó: ¿mamá es usted? No tuve más opción que decirle que sí, que allí estaba. Me miró y me dijo -perdóneme-. Lo acaricié y le dije que sí, que tranquilo... y murió. Cecilia con mucha fortaleza nos narra su historia, con lágrimas en el rostro reconoce que le duele, pero que siguió adelante construyendo su propia historia; nunca se fue de su tierra. Es una mujer llena de fortaleza, de temple, que lucha por sus hijos; por construir una nueva historia en una Tibacuy que ahora se muestra esperanzada y con una ilusión de contar con nuevas oportunidades de labrarse un futuro.

UNA HISTORIA SIN FINAL

Y es que en el municipio se ha tenido que superar el dolor y seguir adelante en silencio, se trata todavía de más de mil historias por contar, por escuchar, por sanar; hombres y mujeres que como el caso de Virginia no entienden cómo por defender el manejo de aguas de su vereda, asesinan a su esposo: “algunas personas no estaban contentas porque él estaba defendiendo temas relacionados con el acueducto veredal. Eso le costó la vida; recuerdo que era una tarde hacia la 1 p.m., cuando llegaron a buscarlo; él estaba en cama porque estaba algo enfermo, pero eso no les importó; aquí llegaron, mi hija les abrió, lo llamaron y él salió. Esa gente venía en una moto, se lo llevaron y lo mataron”. Los mismos vecinos fueron los que informaron que él estaba en la casa, los mismos que alguna vez habíamos atendido, con los que compartimos comida. Ahora no, ya no confiamos en nadie. Aquí ha llegado mucha gente nueva, pero no sabemos quiénes son, preferimos ya estar aquí en la casa, no invitar a nadie; mucho de lo que antes hacíamos se perdió. Por un tiempo me fui, estuve en Bogotá, pero ya cuando me

sentí más tranquila regresé; no soy mujer de la ciudad, sino del campo. Siento que las cosas han mejorado poco a poco, aunque uno nunca debe confiarse. A veces se escuchan motos en la noche y eso intimida.

La pregunta queda en el ambiente sin respuesta, sin aún comprender porque la muerte persigue a todos aquellos que buscan el bien común. Doña Virginia sigue allí en su finca, en la dinámica desde la cotidianidad, está cerca de los suyos, pero muy distante de todo extraño; reservada en todo sentido pues considera que el silencio es el mejor aliado cuando se trata de proteger la vida y más la de sus seres queridos.

En la confianza se sustentan las bases de todo tipo de relación en este caso social, quien viola este privilegio quebranta todo tipo de vínculo y son pocas las posibilidades de retomar, de volver a creer; se cruzan sentimientos de dolor y rencor; una marca que se convierte en la principal limitante para surgir en comunidad, se rompe el hilo y se fracciona toda posibilidad de construir el tejido social. La gente que estuvo ligada directamente con el conflicto en Tibacuy recuerda que fueron sus amigos, hermanos quienes se confabularon para cometer los asesinatos, así como indica Norma, exfuncionaria de la inspección del municipio: "...uno los mira con resentimiento, con dolor, con ira, se pregunta el ¿por qué?... y es que fueron personas que las vio uno crecer, fueron los hijos de sus amigos, de las personas que un día compartieron una fiesta, compartieron un evento, y llegar en un momento dado y sin saberlo a ser el victimario, el informante; el que informaba cada uno de los actos que nosotros hacíamos; obvio eso duele, realmente causa mucho dolor, porque es que estaban entregando vidas".

Norma, otra víctima del conflicto quien, desde su rol como secretaria de la oficina de la inspección, narra cómo tenía que frecuentemente hacer el levantamiento de cadáveres de personas que conocía, que estimaba, que en algún momento de su vida le habían agradecido por haberles servido bien. "Como atendía público, muchas eran caras familiares que podía identificar, para luego verlas allí, tiradas, asesinadas; es muy duro". Norma guarda silencio por unos minutos, pareciera que, retomando esos rostros, activando recuerdos; sorprendida, pues así lo dejaba ver en su mirada; de todo lo que tuvieron que enfrentar y ahora superar.

El miedo era constante, pues ella y demás funcionarios eran objetivo militar: "Vivíamos intranquilos, con el miedo a que en cualquier momento nos mataran. Trabajaba en la inspección de Tibacuy, el 2 de junio del 2002, llegaron a la alcaldía unos panfletos donde se obligaba a que se cerrara la Alcaldía porque no dejaban atender al público. Realmente tocó vivirlo, tocó aceptar, cerrar las puertas de la Alcaldía, yo como secretaria atendía; no se podía dejar nada por escrito porque teníamos personas informantes que andaban en moto de los grupos al margen de la ley, donde estaban pendientes de

todos y cada uno de los actos de nosotros los funcionarios, teníamos que estar sometidos a lo que ellos dijeran, hicieran; tocaba salvaguardar nuestras vidas, debido a eso, tocó tomar decisiones porque *temíamos a la gente, a los motoristas a los informantes*.

Recuerdo que llegábamos a las ocho, nos hacíamos frente a la Alcaldía, tocaba abrir un acta porque nos tocaba enviar esas actas de llegada de funcionarios que estábamos atendiendo nuestras labores, pero frente a la Alcaldía, no dentro de ella. A las cinco, nuevamente nos tocaba enviar acta de que se cumplía el horario de trabajo; no podíamos atender al público. Hubo un momento en que, frente a la Alcaldía había un árbol de aguacate de un señor, un propietario de ahí, y *allí era donde podía atender ...sí me entienden, ¿saben lo que es eso?*

Eso es impresionante, realmente, fue una época bastante dura, donde ya los nervios no daban, no daban porque sabía yo que llegaba a Tibacuy, pero no sabía qué iba a pasar. Cuando estaba allí esperaba cualquier noticia: que mataron a fulano o a zutano, y tocaba como funcionaria acudir; porque al CTI no lo dejaban, la fiscalía no podía acercarse a la inspección de Tibacuy; tocaba yo como secretaria, porque ya mi jefe, desafortunadamente de la misma presión, él vivía en Cumaca, murió del impacto de la zozobra, él no resistió y murió... La muerte siempre estaba allí de manera indirecta con esa enorme propiedad de dominar, de posicionarse en la mente y el corazón de cada habitante, y es que hablar de fortaleza en medio de las frecuentes amenazas, en el abandono absoluto, a merced del destino y en mano de los victimarios era un gran reto.

“Y me tocó enfrentarme yo como secretaria porque nadie quería aceptar el cargo de inspección en el Municipio de Tibacuy, precisamente por esa ola de violencia tan espantosa que nos tocó vivir, cuál era digamos la situación de angustia y de zozobra que tocó vivir, yo salí de mi casa, y yo le decía, madre, ore mucho por mí, no sé si vuelva, porque éramos objetivo militar”.

El temor permanece; no se puede negar, como en el corazón de muchas personas que fueron vulneradas; no eran necesarias las palabras, bastaba solo con mirar la expresión de cada uno, cuando alguien se acercaba, y es comprensible porque hasta la confianza en los vecinos con quienes por muchos años habían compartido, se había perdido; pasaron de ser los amigos, incluso familiares, a ser informantes, aquellos que olvidaron ese sentimiento que los vinculaba. Se perdieron valores, afectos, principios; las circunstancias llevaron a momentos de pobreza, de desplazamientos; se pasa de una Tibacuy progresiva, organizada comunitariamente a un ambiente lleno de desconfianza e inseguridad, lo que desestabilizó socialmente al pueblo, se perdió la identidad, el espíritu de servir.

Ahora frente a un proceso de aparente transformación, los pueblos caminan esperanzados, con la finalidad de aportar a la construcción de una sociedad más en paz, en un ambiente de *“post-acuerdo* que promete mucho en temas como la justicia, la reparación, la verdad y la no impunidad; solo queda esperar a que el tiempo muestre que las decisiones reflejadas en la firma de aquel documento, se rescate a esa Colombia soñada.

Cierro este capítulo con la frase que reposa sobre la lápida de don Alfonso López:

*“Por estos caminos pasarán... Ustedes pasarán y sabrán
que la vida es más hermosa si hay menos injusticias y más dignidad.
Dignos los que morimos por estas causas;
Dignos los que siguen por este camino.”*